

CAPITULO XCI.

Sucesos de Flandes. — Sublevacion de Amberes, Amsterdam, Utrecht, Groninga y otras ciudades. — Toma de Lille. — Toma de Amberes. — Termina la insurreccion. — Llegada del duque de Alba. — Tropas que con él llevaba.

NADA lisonjera á la verdad era la situacion de Flandes mientras tenian lugar en España los sucesos que acabamos de indicar en el capítulo anterior referentes al envío de tropas y la prometida marcha del Monarca.

La Princesa regente habia tenido que prohibir la libre predicacion de las doctrinas protestantes, cumpliendo las órdenes de Felipe, y aprovechándose de la excitacion que esto produjo, los confederados consiguieron sublevar varias ciudades, entre ellas Amberes, Amsterdam, Utrecht, Groninga, Maestrich, Tournay, Valenciennes, Bois-le-Duc y otras de menor importancia. En vista de este levantamiento no pocos nobles se resolvieron á unirse con los de la liga, y el mismo príncipe de Orange, antes indeciso, no vaciló en tomar parte en el movimiento de que aparecía como principal motor Enrique de Brederode, señor de Vianen.

Los condes de Mansfeld, de AreMBERG de Berlaymont y otros, los señores de Noirquermes, de la Cressoniere y de Beauvoir se pusieron, por el contrario, del lado del Rey resueltamente, y el mismo Egmont, solicitado para entrar en la confederacion negóse á ello, y aun se comprometió á hacer deponer las armas á los rebeldes si se le daba seguridad de que se les concedería un amplio y general perdón.

En tales circunstancias, capaces de amilanar el ánimo mas levantado, mostró la Gobernadora una energía y una presencia de espíritu superiores á todo elogio.

Viéndose sin mas tropas que las muy escasas guarniciones de algunas plazas, los walonas de su guardia, y muy pocos arcabuceros de caballería, ordenó inmediatos reclutamientos en Flandes y Alemania, formó diversas coronelías, cuyas jefaturas distribuyó entre los nobles que permanecían fieles, y dando el mando de las fuerzas que de esta manera llegó á reunir al señor de Noirquermes, le encomendó la mision de someter las ciudades sublevadas, contra el parecer de la mayoría de los individuos de su Consejo que creían de muy dudoso éxito tal empresa, y temían que obrando así se exasperasen los rebeldes, y acudiesen á extremos violentos, empeorando mucho mas la situacion.

Mostróse el de Noirquermes digno de la confianza de Margarita; obligó á su gente á dirigirse á marchas forzadas sobre Lille, donde se hallaban unos cuatro mil calvinistas, y dando de improviso sobre ellos deshilozos, matando mas de dos mil, tras de cuyo triunfo revolvió sobre Tournay, y pocos dias despues el castillo y la poblacion quedaron en su poder.

De Tournay dirigióse á Valenciennes, púsole cerco, y desoidas por los de adentro las excitaciones que el conde Egmont, á nombre de la Gobernadora, les hizo para que depusieran las armas, hizo jugar contra las murallas la artillería, y dióse tan buena maña y tan acertado anduvo, que al cabo de varios dias rindiéronse los rebeldes á discrecion.

Llegó por entonces la noticia de que el Rey iba á venir á Flandes, y de que debía precederle el duque de Alba, con lo cual determinó la Gobernadora exigir á todos los magnates, así fieles como alzados en armas, el juramento de que en viniendo Felipe le prestarían ayuda contra todos cuantos él designara; prestáronse á ello sin dificultad cuantos mas arriba hemos señalado como adictos á la causa real; negóse terminantemente Brederode, el conde de Horn y otros varios, y el príncipe de Orange, poniendo mil dificultades y buscando subterfugios, tampoco juró, mas descorazonado, sin duda, por la marcha de los sucesos, y temeroso de los que pudieran sobrevenir, resolvió retirarse á sus estados de Alemania, é incitó repetidas veces para que imitara su ejemplo al de Egmont, á quien dijo en vista de su negativa estas proféticas palabras: «Esa clemencia del Rey que tanto engrandeceis, oh Egmont, os ha de perder. ¡Ojalá mis pronósticos salgan fallidos! Vos sereis el puente que pisarán los españoles para pasar á Flandes.»

Rendida Valenciennes dirigióse el victorioso Noirquermes á Maestrich que lo mismo que Bois-le-Duc se entregaron sin resistencia, y como por otra parte el señor de Beauvoir derrotaba á los rebeldes á orillas del Escalda, y entraba en Amberes casi sin resistencia, y el conde de Meghem, despues de deshacer otra hueste de cuatro mil calvinistas, se unia al primero y juntos arrojaban de Amsterdam á Brederode, desesperanzáronse por completo los sublevados, y en breve tiempo no quedó poblacion alguna donde ondeara el estandarte de la rebelion.

Conseguido este resultado merced á los esfuerzos y hábil política de la Gobernadora, y á su tacto para escoger los jefes de su reducido ejército, dedicóse á consolidar su poder usando alternativa y oportunamente de la clemencia y de la severidad, castigando á los principales motores del movimiento, y haciendo caso omiso de los menos culpados, disponiendo la construccion de fortalezas que tuviesen para lo sucesivo enfrenadas á las ciudades que se habian mostrado mas turbulentas, y obligando á estas á que sostuviesen á sus expensas las guarniciones encargadas de mantener el orden en lo sucesivo; tomándose, en fin, otra porcion de medidas que acreditaban, al par que su talento en tan difíciles circunstancias, su varonil resolucion.

Era por entonces cuando el duque de Alba, dispuesto ya á ve-

nir á Flandes, marchó de Madrid á Aranjuez para avistarse con Felipe, y despues de haber obtenido de este, entre otras, la autorizacion para proceder hasta contra los caballeros del Toison de oro que se hubiesen mezclado en las últimas revueltas, se dirigió á Cartagena, á fin de embarcarse con rumbo á Italia, y de allí á los Países Bajos, pues Carlos IX no habia creído conveniente conceder el paso por su reino á las tropas españolas.

Dolióse á la duquesa de Parma la venida del Duque, pues además de comprender el golpe que su autoridad y su prestigio iban á sufrir, precisamente en los momentos en que mas convenia robustecer una y otra, y en que hubiera bastado esto para dar feliz remate á la obra de pacificacion por ella emprendida, lo temia todo del carácter duro y orgulloso del de Alba, y casi adivinaba que este con sus demasías iba á hacer perder el fruto de sus afanes y desvelos.

Por tales razones escribía al Rey, á raíz de la rápida y casi milagrosa pacificacion del país, una carta en que le decia: «Para conservar lo que se ha conseguido, y aun para que esto marche en bonanza, bastará la presencia, de V. M. Pero un ejército nuevo para un país que acaba de someterse, sobre su excesivo coste para España y para Flandes, hará que estos pueblos lo miren como una calamidad, como un azote sangriento para su castigo, y todos querrán abandonar esta tierra, porque al solo rumor de su venida muchos se han apresurado á marcharse con sus familias, sus fábricas y sus mercancías. Así, pues, os ruego encarecidamente que vengais á estas provincias sin armas, y mas como padre que como Rey.» Manifestábase además sus temores respecto al carácter del duque de Alba, se quejaba de que se amenguase su autoridad, y terminaba suplicando al Monarca que la permitiese dejar el gobierno de Flandes y retirarse á descansar de los trabajos y fatigas continuas que este le habia ocasionado.

En el mismo sentido, excepto la última cláusula, escribieron tambien al Monarca personas tan importantes y de tan probada lealtad como el conde Mansfeldt y el presidente del Senado, Viglio, pero antigua costumbre era ya en Felipe desoir los mas prudentes y autorizados consejos, é insistiendo en su resolucion hizo al duque de Alba embarcarse en Cartagena á 10 de mayo de 1567, en las galeras de Juan Andrea Doria que le trasladaron á Italia, de donde tras un retraso ocasionado por unas calenturas que aquejaron al Duque, tomó el camino de Flandes pasando por los ducados de Saboya, Borgoña y Lorena, segun estaba prevenido, dispuesto á obrar mas con arreglo á su carácter y á sus inclinaciones que á lo que la prudencia y la sana razon aconsejaban.

Hé aquí el pormenor de las fuerzas que consigo llevaba el de Alba á Flandes, segun una nota existente en el archivo de Simancas:

«La caballería y arcabuceros de á caballo que llevó el duque de Alba de Italia á Flandes, eran:

	LANZAS.
D. Lope Zapata con	100
D. Juan Velez de Guevara.	100
D. Rafael Manrique.	100
D. César Dávalos.	100
Nicolao Basta.	100
D. Rui Lopez Dávalos.	100
Conde de Novelara.	100
Conde Curcio Martinengo.	100
Conde de Sant Segundo.	100
Montero, cien arcabuceros.	100
Pedro Montanes.	100
Sancho Dávila, capitan de las guardas del duque con cien lanzas y cincuenta arcabuceros.	150
	1,250

Infantería española.

D. Sancho de Londoño, por maestre de campo del tercio de Lombardia, con diez compañías que tenían, poco mas ó menos, dos mil hombres.	2,000
El maestre de campo D. Alfonso de Ulloa, con el tercio de Nápoles, que tenia diez y nueve banderas, y en ellas tres mil quinientos hombres poco mas ó menos.	3,500
D. Gonzalo de Bracamonte con el tercio de Cerdeña, en que habia diez banderas que tenían poco mas ó menos.	1,800
El maestre de campo Julian Romero, con el tercio de Sicilia, con otras diez banderas en que habrá.	1,500
	8,800
De manera que entre caballería é infantería fueron diez mil y cincuenta.	10,050 (1).»

(1) Archivo de Simancas, Legajo 533, y Coleccion de documentos inéditos, tom. IV.



J. TERRA. LIT.

LIT. VIDAL, QUIM 25.

PRISION DEL CONDE DE EGMONT

CAPITULO XCII.

Primeros actos del duque de Alba en Flandes. — El Tribunal de la Sangre. — Renuncia Margarita el gobierno. — Sucédela el de Alba. — Carta de este al Monarca.

En 22 de agosto del citado año 1567 llegó á Thionville el duque de Alba con sus diez mil hombres, y al punto pasaron á cumplimentarle, si no de muy buen grado, por obedecer á la Regente, los señores de Noirquermes y Berlaymont; en correspondencia de lo cual, mandó aquel á Bruselas á Francisco Ibarra con la doble misión de visitar á Margarita y de arreglar lo necesario para alojar á las tropas.

Manifestó esta claramente su deseo de que no se gravara á Bruselas con la carga de dar albergue á los soldados españoles; mas mostrando ya desde el principio el Duque, lo poco en que tenía toda voluntad que no fuera la suya, destinó á dicha ciudad el tercio de Sicilia y distribuyó los demás entre Amberes, Enghien, Gante y otras poblaciones bravantinas. Esto añadido á la predisposición que en contra suya tenían, así el pueblo flamenco como la misma Princesa, hizo que una vez llegado á la capital fuese recibido con marcadas muestras de hostilidad, y que en la primera entrevista que con aquella tuvo, no solo reinase una excesiva frialdad, sino que por no hacerle sentarse Margarita, consintió en permanecer de pie hasta su terminación.

Llevaba el de Alba amplios poderes de Felipe, no solo como capitán general de las tropas expedicionarias, sino también para intervenir en todo lo relacionado con las agitaciones que en Flandes habían tenido lugar, y para imponer á su arbitrio cualquier clase de penas, inclusa la capital, á los que juzgase culpados, por alta que fuese su jerarquía; con lo cual y en vista del uso que hacía de estas facultades, sin contar para nada, ni aun por fórmula, con la Regente, decidióse esta á escribir al Rey manifestándose sentida por tal conducta, y reiterándole una vez más la petición de que la permitiera abandonar á Flandes, cuya exigencia repitió con mas empeño cuando el Duque por sí y ante sí constituyó un tribunal compuesto de doce individuos, encargado de entender en las causas por delitos de rebelión, y al cual dió el pueblo las denominaciones de Consejo de los Tumultos y Tribunal de la Sangre.

Decreto también el de Alba y llevó á cabo de una manera artera é indigna, la prisión de los ilustres condes de Egmont y Horn, á quienes hizo conducir al castillo de Gante, y la del señor de Bacterzele y de Antonio Van Straleen, cónsul de Amberes é íntimo amigo del de Orange.

«La ejecución de estas prisiones, dice un historiador, que hacía días tenía determinada, la había diferido hasta poderlos coger á todos á un tiempo, y aun al conde de Hoogstrat, comprendido en la orden de prisión, le salvó una casualidad feliz. El medio de que se valió el Duque para ejecutar esta medida fue un artificioso engaño, indigno de la nobleza de su estirpe. Aquel día acordó celebrar Consejo en Bruselas para tratar de las fortificaciones de Thionville y Luxembourg: á este Consejo convocó á los condes de Egmont, Horn, Aremberg, Mansfeld, Arschot, Noirquermes, Chapino Vitelli y Francisco de Ibarra. Todos asistieron al Consejo, presidido por el Duque: cuando á este le pareció oportuno, levantó la sesión: al salir de la sala, se halló sorprendido el conde de Egmont, al verse intimado por Sancho Dávila á que se diese á prisión y entregase la espada á nombre del Rey. «Tomadla, con-«testó el de Egmont, viéndose rodeado de otros capitanes; pero «sabed que con este acero, por desgracia, he defendido muchas «veces la causa del Rey.» Y era así en verdad. Entre tanto ejecutaba lo mismo con el de Horn el capitán Salinas. Durante el Consejo había sido llamado también enganosamente el secretario Bacterzele á casa de Albornoz, donde fue destituido.»

Al príncipe de Orange no pudo cogerle por haberse retirado, según dijimos, á sus estados de Alemania, y con tal motivo cuéntase que el cardenal Granvela al saber las prisiones que se habían verificado, preguntó: *¿Y ha sido preso también el Taciturno?* respondieronle que no, y repuso: *Pues no habiendo caído aquel en la red, poca caza ha hecho el duque de Alba.*

Este sin embargo, se mostraba satisfecho, y á las quejas de la Gobernadora por lo realizado, replicaba que así convenia hacerlo, y que si no la habían dado cuenta de ello, era por evitar que recayese sobre ella la odiosidad que aquel rigor pudiese llevar consigo.

Llegó, por fin, contestación de Felipe á la demanda de Margarita admitiendo la renuncia del cargo de Gobernadora, y cada vez mas disgustada esta, apresuróse á hacer sus preparativos de marcha, teniendo antes de realizarla, una entrevista con el Duque en la que, á presencia de todo su Consejo, le exhortó á emplear la clemencia y la blandura mas que el rigor y la dureza con los culpables, y en el mismo sentido escribió al Monarca español una carta en que le decía «y tened en memoria que cuanto mas grandes son los reyes y se acercan mas á Dios, tanto mas deben ser imitadores de esta grande divina bondad, poder y clemencia, y que todos los reyes y príncipes, cualesquiera que hayan sido, se han siempre contentado con el castigo de los que han sido cabezas y conductores de los sediciosos, y cuanto al resto de la muchedumbre los han perdonado... Otramente, señor, usando de rigor, es imposible que el bueno no padezca con el malo, y que no se siga una calamidad y destrucción general de todo este estado, cuya consecuencia V. M. la puede bien entender... (1).»

(1) Archivo de Simancas, Estado, Legajo 533.

Marchó, por fin, dejando el gobierno en manos del duque de Alba, que la acompañó hasta los confines del Bravante y por no pocos nobles flamencos que la siguieron hasta Alemania, siendo su renuncia generalmente sentida, tanto por las simpatías que había sabido granjearse con sus grandes cualidades, como por el temor que inspiraba el carácter sanguinario de su sucesor.

Y así fue en efecto. Llevado de su natural inclinación á la violencia y alentado con la constante aprobación de su Rey, que dejando su habitual ambigüedad aplaudía todos sus actos con frases tan terminantes como: — «Quedo contento y satisfecho de la buena manera con que os gobernais en las cosas de mi servicio...» — «Hame parecido muy bien lo que habeis hecho para aseguraros del castillo de Gante...» — «La nominación que habeis hecho de personas para el tribunal que habeis instituido me ha contentado mucho...» alentado, decimos, con tan explícitas muestras de aprobación por parte de Felipe, y con la confianza que este tenía en él y que llegaba al extremo de decirle en una de sus cartas: «En lo demás que me escribis... no tengo que deciros, sino remitiros allá que hagais lo que os pareciere, pues esto será lo mas acertado...» no cejaba un punto en su sistema de castigar con todo rigor á cuantos apareciesen culpables de haber tomado parte en los anteriores sucesos; se mostraba intolerante en cuanto tocaba á la Religión: reunía en su misma casa y hacia celebrar una ó dos sesiones diarias al Tribunal de la Sangre para que las causas se activasen cuanto era posible: abría cada día nuevos procesos y procesaba en rebeldía al de Orange, á Luis de Nassau y otros varios, y llevaba su arbitrariedad hasta el extremo de apoderarse de un hijo del de Orange, de trece años de edad, que se hallaba estudiando en la universidad de Lovaina y enviarlo á España bajo el pretexto de inculcarle las doctrinas católicas.

Y con tales medidas, con la irregularidad cometida en las causas de los magnates que eran caballeros del Toison de Oro y que contra lo establecido en los Estatutos de la Orden fueron juzgados por el ya dicho Tribunal de la Sangre, en virtud de una orden del Rey; con las detenciones y ejecuciones que diariamente se llevaban cabo, y con la noticia que llegó por entonces de las prisiones del príncipe D. Carlos y del señor de Montigny que se habían verificado en España, la alarma y la agitación crecían, el odio al duque de Alba aumentaba, y mas de cien mil habitantes de las diversas partes de Flandes se refugiaron en los estados vecinos, no considerándose libres de persecución en el patrio suelo.

Y para que no se juzgue exagerada la descripción que hemos hecho, bastará que de una carta del mismo Duque á Felipe II, entresaquemos los siguientes párrafos:

«El sentenciar los presos, aunque se pudiera hacer antes de Pascua, no parece que en Semana Santa, no habiendo inconveniente en la dilación, era tiempo para hacerse, no embargante que yo mismo he prevenido la parte, y por tres veces dichole que entienda que en cualquier estado que esté el proceso, se ha de sentenciar antes de Pascua; pero todo esto no ha bastado para que hasta ahora hayan presentado ningún testigo, ni un papel, ni la menor defensa de cuantas se podían imaginar en el mundo. Pero pasada la Pascua, ya no aguardaré mas, porque sé que si diez años se estuviese dando término, al cabo de ellos dirían que se hacía la justicia de Peralvillo; y por hacerlo todo junto en un día, guardo para entonces declarar las sentencias contra los ausentes.»

«Tras los quebrantadores de iglesias, ministros consistoriales, y los que han tomado las armas contra V. M. se va procediendo á prenderlos, como en la relación podrá V. M. ver: *El día de la Ceniza se prendieron cerca de quinientos*, que fue el día señalado que dí para que en todas partes se tomasen; pero así para esto como para todas las otras cosas, no tengo hombre sino Juan Vargas, como abajo diré: *He mandado justiciar todos estos*, y no basta habello mandado por dos ó tres mandatos que cada día me quiebran la cabeza con dudar que si el que delinquirá desta manera merece la muerte, ó si el que delinquirá desta otra merece destierro, que no me dejan vivir, y no basta con ellos. Mandado he expresamente de palabra que se juzgue conforme á los placartes (edictos), y últimamente he mandado que se les escriba á todos que de los delincuentes que están expresados en los placartes todos los ejecuten al pié de la letra; y si hubiese alguno que no esté comprendido, este me consulten y no otro. Tengo comisarios por todas partes para inquirir culpados: hacen tan poco, que yo no sé como no soy ahogado de congoja. Acabado este castigo, comenzaré á prender algunos particulares de los mas culpados y mas ricos, para moverlos á que vengan á composicion, porque todos los que han pecado contra Dios y contra V. M. sería imposible justiciarlos: que á la cuenta que tengo echada, en este castigo que agora se hace, y en el que vendrá despues de Pascua, *tengo que pasará de ochocientas cabezas*, que siendo esto así, me parece que ya es tiempo de castigar á los otros en hacienda, y que destes tales se saque todo el golpe de dinero que sea posible antes que llegue el perdón general (1).»

(1) Carta descifrada del duque de Alba á Felipe II. De Bruselas á 13 de abril de 1568. — Archivo de Simancas, Estado, Legajo 539.



SUPLICIO DE LOS CONDES DE EGMONT Y DE HORN.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.